

MÉNDEZ

¡Sire, se pierde la Cruz!

MAXIMILIANO

Haced lo que queráis.

MÉNDEZ

Afortunadamente nada ha hecho porque le han impedido el paso á las tropas los carros atravesados en el puente de San Sebastián.

MÁRQUEZ

Corro á llevar la orden.

ESCENA SEPTIMA

Primero MIRAMÓN, después MÁRQUEZ, VIDAURRI y ARELLANO, que no habla.

Todavía no despunta la aurora; Miramón se halla á caballo, nervioso y golpeándose las botas con un latiguillo. Da repetidas órdenes á los ayudantes que le rodean, los cuales no tardan en volver avisando que no se perciben en el horizonte movimientos de tropas. Los artille-

ros empiezan á dormirse sobre los afustes, los de caballería se bajan de sus *cuacos*, los infantes rompen el orden de formación. Al fin aparece una ráfaga de claridad en el lado de la Cruz, y al verla Miramón lanza un juramento. En ese instante aparecen las tropas de la brigada de reserva y una batería de artillería. El general, al contemplar aquel au-



xilio extemporáneo, se mesa los cabellos y dice entre dientes: «Esto se lo llevó»... Gran desorden en los contingentes que se acercan; unos carros atravesados en el puente de San Sebastián impiden la llegada de las tropas de Méndez; Miguel, á pesar de todo y deseoso de ensayar la suerte que le reserva el destino en aquel día, manda formar las tropas en batalla y empieza á arengarlas. Se oyen gritos de «¡viva el

general Presidente!» «¡viva Miramón!». El campo de los republicanos empieza á dar señales de vida; se escuchan voces, gritos, toques de corneta, uno que otro tiro aislado.

Se dibuja, recortada en el horizonte, la silueta de un jinete que se adelanta á toda rienda, seguido de dos ó tres ordenanzas; la luz del sol que empieza á salir ilumina y recorta la figura del que avanza.

MIRAMÓN

(Observando con el anteojo y haciendo señales de impaciencia.)

Es Márquez... ¡Maldita suerte la mía!

MÁRQUEZ

(Sudando á chorros, con el cabello asoleado, como si hubiera corrido mucho y muy de prisa, pero revelando un goce inmenso:)

Su Majestad ordena, general Miramón, que regrese usted á la plaza; no puede darse ahora el golpe premeditado y será forzoso dejar la cosa para oportunidad mejor.

(Miramón no responde; se emboza en el albornoz blanco que le cubre el cuerpo y baja la eminencia en medio de la expectación de las tropas, que empiezan á retirarse mandadas por sus jefes, á quien Márquez ha transmitido la orden soberana.)

Al ver las diez y ocho piezas de artillería abocadas contra el enemigo y al oír los gritos que le saludan presagiando una victoria, Miguel llora de rabia, tira el sombrero por el suelo, envaina la espada y entra en las calles acompañado sólo de Arellano. Frente al palacio municipal encuentra al ministro Vidaurri, montado en un pacífico caballito blanco y seguido de muchos empleados de la intendencia.)

VIDAURRI

(Lisonjero.)

¿Conque hoy es el gran día, el día en que tendremos la oportunidad de celebrar un triunfo más como aquel de Ahualulco, que tan funesto fué para mis tropas, pero del cual no alabé menos el talento y la habilidad con que había sido ideado y llevado á cabo?

MIRAMÓN

No, don Santiago; ya no son esos tiempos los tiempos en que era fácil obtener triunfos mediante la audacia y el valor... Ahora priva el parecer de bribones medrosos y traidores, que no se curan de honor ni de vejeces; ahora hay quien intrigue por debajo del agua para obtener la nulificación de los buenos y el triunfo de los malvados...

VIDAURRI

(Conciliador y cariñoso.)

Vaya, vaya, que está usted excitado y que no tiene paciencia para oír conversación...

MIRAMÓN

(En el paroxismo de la rabia.)

De usted siempre oiré cualquier cosa, don Santiago; pero diga al Emperador que ya no cuente conmigo para ningún ataque ni para consejos de guerra. Obedeceré todas las órdenes que me dé; pero nada más.

ESCENA OCTAVA

MAXIMILIANO y MÁRQUEZ, después MIRAMÓN, MEJÍA y VIDAURRI.

MAXIMILIANO

(Que parece resumir una conversación empezada:)

La situación se vuelve, pues, insostenible, general Márquez, y no hay más que resignarnos...

MÁRQUEZ

O traer recursos de México.

MAXIMILIANO

Es verdad; pero ya veis las dificultades con que hemos tropezado. Vuestro amigazo Lares, se rehusa á dar un

peso ó un hombre; yo le llamo el nuevo Napoleón, pues como el otro me cierra las puertas inexorablemente. Le he pedido las tropas extranjeras, y me ha contestado que no puede dejar desguarnecida la capital; he solicitado que me mande el dinero que me prometieron dar por causa de mi compromiso de quedarme en el país, y ni siquiera me contesta; he solicitado, con ademán de suplicante, que me remita el importe de los sueldos míos y de mi lista civil y militar y tampoco me dice palabra...

MÁRQUEZ

Vuestra Majestad es demasiado bondadoso.

MAXIMILIANO

¡Ay, general, cada quien es como Dios, la vida y la naturaleza le han hecho!

MÁRQUEZ

Es cierto, Sire, pero yo le digo á Vuestra Majestad que, precisamente porque cada quien es como la naturaleza le ha hecho, yo siento que la mía se rebela al ver las injusticias y las deslealtades que rodean á Vuestra Majestad. Vuestra Majestad debía armarse de energía, prescindir de

su ordinaria longanimidad y... vamos... perdóneme el Emperador lo crudo de la expresión... fajarse los pantalones...

MAXIMILIANO

¡Cuán fácil es decirlo y cuán difícil es ejecutarlo!... Os juro, general Márquez, que desearía con toda mi alma tener el coraje que se necesita para una sonada; pero mis recursos son tan menguados, mi educación está tan arraigada en el fondo de mi ser, que vamos... Más de una vez me he puesto á envidiaros al saber vuestras hazañas, y al oír que os tachan de cruel, de duro, de inexorable me he dicho: «si pudiéramos hacer una persona de las personas de Márquez y la mía»...

MÁRQUEZ

(Ufano y triunfante. Se conoce que le sopla la vanidad por el lado de la energía.)

Sire, ¡cuánto honor recibo al saber que me comprende mi Emperador!... En efecto, la energía es para mí la primera cualidad del hombre, y sin la santa y la noble energía no comprendo nada... Me han llamado cruel, me han llamado feroz, me han apodado Tigre, Leopardo... Nada me importa... nada me importa... Cuando vine al mundo recibí en feudo, en herencia, dos amores: el amor á mi madre y el amor á mi religión... En esas dos compendio

y resumo todas las afecciones del mundo... Mi madre y mi Dios, Sire, mi Dios y mi madre; tales son mis delicias y tales son mis ideales, como ahora dicen... Allí está todo: amor á la patria, amor al soberano, amor al prójimo, amor á la verdad, amor á la vida... Nadie ha injuriado ni maltratado á mi viejecita; ¡ay del que lo hiciera!, pero sobran infames que se empleen en querer expulsar la religión del alma de las gentes, en querer echar á Dios de sus altares, en quitarle sus casas y sus bienes... Contra éstos mi odio no tiene límites, no alcanza fondo, es inextinguible... ¡Muerte, hoguera, tormento, azotes, todo me parece poco!... No pierdo la esperanza de ver al mundo purgado de esa maldita plaga de ladrones de las creencias, de esa maldita manía de pensar que se ha extendido últimamente por el trato con los extranjeros y por la lectura de libros... la ilustración, el progreso, el afán de lo que llaman instrucción, han traído más daños que el cólera morbus y el matlazáhuatl!...

MAXIMILIANO

(Vencido por aquella explosión de vitalidad de que él se siente incapaz.)

Decid á los que esperan que pasen si quieren.

(Sale Márquez; pasa luego en unión de los generales que se mencionan en el principio de la escena; al verles entrar Maximiliano toma la palabra.)

Todos hemos convenido, señores, en que la situación resulta insostenible y no se consigue que los enemigos levanten el sitio; para que le alcen, no hay más que presentarles una acción en que las probabilidades de triunfo estén de nuestra parte.

(Todos hacen señales de asentimiento y esperan ansiosos que el Emperador concluya de hablar.)

Habéis dicho, y yo estoy conforme en ello, que no cuadra con el decoro y dignidad del Emperador el salir disfrazado y como quien dice vergonzosamente. Pero como esto no puede continuar así, he pensado en mandar á uno de vosotros para que traiga recursos de fuera... Yo tengo absoluta confianza en vos, general Miramón; y en vos, general Mejía; vuestras vidas, consagradas á la buena causa, dedicadas á la defensa de los sanos principios, consumidas en pelear por el bien, son garantías mayores que las que yo podía apetecer... Pero en vos, don Santiago, abrigo si cabe mayor seguridad...

(Vidaurri se inclina agradecido poniendo las manos sobre el pecho.)

VIDAURRI

Cualquiera que sea la comisión que el Emperador quiera conferirme, será desempeñada con absoluta religiosidad. Iré cuándo, á dónde y cómo me lo mande, y puede

contar con ello mi Soberano, pueden contar con ello los generales presentes, puede contar con ello todo el ejército: ó perezco en la demanda ó cumplo con lo que prometa...

MAXIMILIANO

(Enternecido y con efusión repentina.)

Os nombro, mi buen don Santiago, lugarteniente del Imperio y os comisiono para que reunáis en la ciudad de México...

MÁRQUEZ

(Interrumpiendo á Maximiliano.)

Sire...

MAXIMILIANO

(Cohibido.)

Más bien, el lugarteniente del Imperio lo será el general Márquez, y vos seréis Ministro de Hacienda y le acompañaréis.

ESCENA NOVENA

MÁRQUEZ, VIDAURRI, detrás de ellos un escuadrón de caballería que se mantiene á distancia respetable.

MÁRQUEZ

Parece que ya cejan en el alcance y que conseguimos pasar felizmente. Vea usted si tuvo razón en ello; la sa-

lida debió haberse hecho, como se hizo, por el Picacho y no por la Casa de Matanza, á la derecha, como quería Miramón. Como todavía no está cabal la circunvalación, no era posible que se dieran cuenta de lo que intentábamos...

VIDAURRI

(Que no las tiene todas consigo.)

Pero ya ve usted; tan pronto como averiguaron que salíamos, enviaron á Guadarrama para perseguirnos con cuatro mil caballos.

MÁRQUEZ

(Con desdén.)

Le enviarían; así lo aseguró el desertor que topamos por la mañana; pero cuente usted con que no se saldrán con la suya; les llevamos varias horas de ventaja y no es cosa de tener miedo por lo que pasó ya.

VIDAURRI

Déjeme echar unas yescas, que pronto hará veinticuatro horas que no chupo.

(Saca hoja, tabaco, eslabón y yesca, y luego de encender la tagarina y de guardar los chismes de fumar, dice á su compañero:)

Feliz usted, amigo don Leonardo, que ya visitó aquellas tierras de ultramar; ya tenía yo la licencia del Emperador; pero con ella me quedé. ¡Qué iba á salir, con esta tempestad que se nos vino!

MÁRQUEZ

Ah, sí, vi algo de mundo, algo de lo que les llama la atención á los papanatas... y entretanto aquí los pícaros republicanos, dándose cuerda... ¡Maldito sea!...

VIDAURRI

Pero lo cierto es que allá me le trajeron á usted en palmitas: que recepción aquí, que condecoración allá, que barco adornado para ir á tal parte, que regalitos del Sultán, que cartitas halagadoras de Su Majestad; en fin, que era usted el niño mimado del Gran Turco y no sé si también de la Gran Turca... ¡Ja, ja, ja!

MÁRQUEZ

Amigo, eso es lo que se ve, eso es lo que se palpa; pero hay cosas que no se pueden notar ni están al alcance de las gentes y que sí valen la pena. ¿Cree usted que no me dolió la manera de desterrarme del güero éste? Pues sí

me dolió; y lo que me puso más encalabrinado fué que estuvo todo tan mal urdido, que los enemigos fueron los primeros que se percataron de ello. Ya sabrá usted que «La Orquesta», el periodiquín ese de monos, publicó una caricatura en que Miramón y yo estábamos en traje de peregrinos, con calabazas al hombro y una leyenda al pie:

Al extranjero se va
Este par de señorones,
Uno en busca de instrucción
Y otro en busca de instrucciones,

aludiendo á mi destierro y á la comisión que á Miramón se daba para estudiar táctica ó no sé qué en el reino de Prusia...

VIDAURRI

(Para sí y lleno de terror.)

¡María Santísima! Este pecador no vuelve á Querétaro. Quiere vengarse de esas cosas que dice le hizo el Emperador. Estoy viendo á Maximiliano tendido y entre cuatro cirios. ¡Dios le tenga de su mano!

ESCENA DÉCIMA

La alameda de Querétaro. Cerca de un cañoncito de montaña se hallan HANS, PEPE BRAMBILA, MIGUEL OLIVOS y dos ó tres jefes de graduación inferior.

HANS

(Festivo y en buen castellano.)

Hoy estamos á doce de Mayo, y tenemos más de dos meses de estar sitiados. No sé qué vayamos á hacer, por más que no es dudoso que los republicanos al fin se han de adueñar de esta plaza. Quiera Dios que no se apoderen igualmente de la persona del Emperador.

BRAMBILA

En verdad, y esto quede para ínter nos, pues si lo supiera el *joven general* no dejaría de darme un disgusto, me alegro enormemente de la contingencia. Yo podría estar muy tranquilo gozando de un buen empleo en el terreno conquistado á los imperialistas, y en vez de eso me hallo comiendo carne de caballo en el recinto de la encantadora ciudad de Querétaro...

HANS

Te quejas de manera que parece que nada tienes que agradecerle á la suerte. Te aprehenden en las cercanías de Zacatecas, cuando la ciudad era tomada por Miramón, y lejos de que se te pasara por las armas, como tenías de-